

del colonialismo, con el reinado de los Borbones; expresan, de manera rotunda, la crisis que, poco después, desembocará en las rebeliones andinas.

El libro incluye como "Apéndice" un esquema panorámico de la evolución literaria en el período de estabilización colonial, que resume las secuencias emergentes y declinantes; una "Cronología" de textos, autores, acontecimientos relevantes y gobiernos, y una "Bibliografía" primaria y secundaria, en la que se presta especial atención a las ediciones más recientes y, por lo tanto, más accesibles de los textos coloniales y a los estudios monográficos actuales.

La literatura peruana en el período de estabilización colonial. 1580-1780 continúa y profundiza las indagaciones de Antonio Cornejo Polar —especialmente las desarrolladas en *La formación de la tradición literaria en el Perú*— en torno a la literatura peruana como "totalidad contradictoria". Es, precisamente, la organicidad inherente a la historiografía literaria la que posibilita desplegar las modalidades de constitución y desarrollo de los discursos *criollos* y *andinos*, en un contrapunto que da cuenta de la heterogeneidad y riqueza de la cultura peruana. Si a ello se añaden la originalidad del enfoque del discurso de las élites andinas, la clara exposición de las cuestiones inherentes al hacer historiográfico y la indispensable revisión de planteos críticos, puede afirmarse, entonces, que el estudio de Carlos García-Bedoya constituye un hito en la historiografía peruana y un instrumento de reflexión necesario para venideras reflexiones.

Elena Altuna
Universidad Nacional de Salta

María Gabriela Mizraje, *Argentinas de Rosas a Perón* (Buenos Aires: Biblos, 1999).

De Rosas a Perón, dos nombres —y casi una consigna— que operan como sinécdoque de dos siglos de historia argentina. Entre un extremo y

otro, María Gabriela Mizraje traza una genealogía de la nacionalidad en la literatura femenina argentina buscando estudiar allí las marcas genéricas de un programa ideológico en el que no sólo se negocia el estatus de lo nacional, sino también se definen formas de ser escritora en la argentina del siglo XIX y XX. Por el revés de un campo cultural y una legalidad tendente a consagrar autoridades monolíticas, su lectura construye un corpus femenino que, silenciado, y a veces hecho (a) pedazos (cartas, diarios, memorias, novelas, dramas, etc.), articula versiones alternativas de la patria. El tejido, para usar su metáfora, de una historia en femenino de las letras argentinas en el que, por un lado, se envuelven sus personajes (Mariquita Sánchez, Juana Manso, Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla, Emma de la Barra, Alfonsina Storni, Norah Lange, Victoria Ocampo, Beatriz Guido, Alejandra Pizarnik, Griselda Gambaro) y, por el otro, se enhebra la identidad nacional.

Frente al bronce ya canónico de la épica decimonónica (Alberdi, Sarmiento, Mitre y Mansilla), el trabajo de Mizraje construye el relato de un linaje literario nacional que reconoce no sólo "padres" sino también "madres de la patria". Mujeres que, trascendiendo su condición subalterna de hijas de, madres de, esposas de, ensancharon el tradicional ámbito de lo doméstico para hacerse un nombre propio en el campo de las letras. Un pasaje de lo privado a lo público que en la escritura de Mariquita Sánchez (1786-1869) se materializa en la sociabilidad de la tertulia, el corpus de un intenso intercambio epistolar y la letra de una patria que se piensa en términos de "gran familia". En todo caso, el testimonio de unos *Recuerdos del Buenos Aires virreynal* que, prefigurando *La gran aldea* de Lucio López, funciona aún hoy como arcón o depósito de una memoria política y cultural que autoriza a la escritora como albacea de la prehistoria de la nación nacida en la revolución de mayo.

Leer la escritura femenina del siglo XIX es para Mizraje rastrear la

por momentos simbiótica relación entre sujeto y nación que caracteriza al período. Una relación que, si bien pone en evidencia la problemática, por no decir inexistente, de la autonomía literaria hasta la constitución del estado nacional en 1880, adquiere una especificidad propia en el caso de la literatura femenina. Como lo prueba su excelente lectura de *Los misterios del Plata y La familia del comendador* de Juana Manso (1819-1875), reconstruir la historia argentina fue en muchos casos, para las escritoras del siglo XIX argentino, negociar el difícil espacio de inserción para una práctica de la letra que parece obliterar la posibilidad de un sujeto femenino de la escritura. Una reconstrucción personal que, en el tránsito de la casa a la calle, se repliega sobre el espacio de la nacionalidad buscando el refugio de una patria que las niega como mujeres y como escritoras. Juana Manso fue para sus críticos “Juana la loca”; “demasiado mujer”, sostiene Mizraje, “para ser reconocida como historiadora o ensayista entre los pensadores de su entorno, *demasiado poca mujer* para ser incluida en la lista de escritoras pioneras de nuestro país”.

Si hay un personaje central en la galería femenina que Mizraje construye en su lectura del siglo XIX argentino éste es sin duda alguna Juana Manuela Gorriti (1816-1892). *Sueños y realidades* (1865), *Biografía del general Don Dionisio de Puch* (1868), *El mundo de los recuerdos* (1886), *Oasis en la vida* (1888), *Cocina ecléctica* (1890), *Perfiles* (1892), *Veladas literarias de Lima 1876-1877* (1892), cartas, relatos históricos, recetarios de cocina, prólogos, diarios, plegarias, discursos fúnebres, periodismo, crítica literaria constituyen el variado caudal de su escritura. La riqueza temática y genérica de Gorriti habilita por su revés una lectura que, en Mizraje, busca las marcas de su débil posición de enunciación. Gorriti, en efecto, escribe como una mujer de su tiempo. En sus textos se cuida el “decoro”, se resalta la “belleza intelectual”, se insiste en la importancia de la buena

letra (el aplicado trabajo de la escritura), pero esa misma escritura disfraza, según Mizraje, su femineidad, en un disimulo que “permite vehicular acciones y palabras que, de otro modo, caerían en el vacío de su propio sexo”. Haciendo gala de lo que Josefina Ludmer llamaría “las tretas del débil”, la escritura de Gorriti “quita el cuerpo” al escándalo que supone en el siglo XIX la figura oximorónica, para algunos (Sarmiento entre ellos), de la “mujer intelectual”. El nombre, sin embargo, no deja de definir la marca de un destino. Hija del general José Ignacio Gorriti, esposa de Manuel Isidoro Belzú, primer presidente de Bolivia, el abolen- go es en Gorriti el espacio de convergencia de una historia que no es sólo personal, sino también nacional. Como para todas las escritoras argentinas del siglo XIX, salir de la casa fue para Gorriti entrar en el espacio de la patria.

Entre la Pampa, París y los EE.UU., jugada siempre entre dos lenguas y dos tradiciones que son también marcas de familia (Rosas, su tío, y Lucio, su hermano), Eduarda Mansilla (1838-1892) da cuenta en el trabajo de Mizraje de un tópico del letrado latinoamericano al que no es ajeno la escritura femenina del siglo pasado: el viaje y la consiguiente traducción. Su *Pablo ou la vie dans les Pampas* (1869) adelanta en París *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) de su hermano Lucio. Eduarda, sostiene Mizraje, no sólo llega antes a los ranqueles, sino también llega antes a la novela. Ella traduce la Argentina (su interior exportable) para un afuera (Francia, que funciona como el espacio de un *debut* consagratorio). Lucio, de vuelta de los ranqueles, traduce a Eduarda en el folletín de *La Tribuna*. “La Argentina”, sostiene Mizraje, “es el país que ambos hermanos miran y ambos glosan, la Pampa es su sinécdoque; París una metonimia difícilmente traducible. Y Rosas, ya, su mejor metáfora”.

El siglo XX inaugura en la Argentina la relación literatura-mercado. Mizraje sitúa a la mujer en

esta escena no sólo como pasiva lectora, sino también como activa productora de una letra destinada al consumo masivo. Bajo el seudónimo de César Duayén, Emma de la Barra (1861-1847) consagra su novela *Stella* (1905) como el primer *bestseller* argentino. Novela de costumbres que desenmascara la hipocresía de una clase que la autora conoce bien desde dentro. “La temeridad de la escritura”, sostiene Mizraje, “no llega sin embargo en la escritora—hasta su rol de autora”. En un juego de (des)velamiento que tiene mucho de marketing editorial, Emma de la Barra será y no será César Duayén. En todo caso, el testimonio de una época en la que, en palabras de Manuel Gálvez, “el oficio de escribir estaba casi tan mal mirado, en nuestra sociedad aristocrática, como el de actriz o bailarina”.

Las mujeres no sólo escriben sino que son escritas en la lectura de Mizraje. Buscando las huellas de esa sobre-escritura, su trabajo, leyendo a Alfonsina Storni (1892-1938), rastrea la historia de una recepción crítica que trascendiendo motivos estéticos deja leer las marcas de una discriminación genérica. Cuando la obra de Storni es catalogada por Borges como “borrosidades y chillonería de comadrita”, lo que se ataca, sostiene Mizraje, no sólo son sus versos sino un contexto de producción. Allí donde el género se erige en un obstáculo para la recepción de la literatura, la crítica más que textual se hace sexual. Pese a haber sido incluida por Borges en su *Antología poética argentina* de 1941, o por Federico de Onís en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* de 1934, el sexo constituyó, al decir de González Lanuza, una “traba” para el reconocimiento del valor poético de Alfonsina Storni. “Traba” que, para Mizraje, se hace evidente en el tono sarcástico que las vanguardias de Florida o Boedo adoptan en su lectura de Alfonsina.

El campo cultural se abre y la mujer puede ser, ya en el siglo XX, socia de un proyecto cultural. Atenta a los límites de esa apertura gené-

rica, Mizraje lee a Norah Lange (1906-1972) no sólo como la anfitriona de la vanguardia martinfierrista y compañera de ruta de Oliverio Girondo (la bifronte *Noraliverio*), sino también como la mujer probada y tutelada por Borges y Girondo, y por una crítica que termina por imponer una imagen angelical e inofensiva de la escritora. Más allá de un aparente lugar de seducción e independencia, sus textos, (*La calle de la tarde* (1925), *Los días y las noches* (1926), *45 días y 30 marineros* (1945), entre otros) requieren siempre, al decir de Mizraje, ser autorizados y legalizados dentro de un sistema filial, conyugal, literario o social signado por la impronta jerárquica masculina.

Primera mujer en ser admitida en la Academia Argentina de las Letras, Victoria Ocampo (1890-1979) aparece en la genealogía femenina que construye Mizraje como hito sin precedentes en la historia de la literatura nacional. Viajera, traductora, gran dama del proyecto editorial de *Sur*, Victoria, sostiene Mizraje, “cambió el destino (y el destinatario) de nuestra literatura”. Si bien su rol oficioso de embajadora cultural y su escritura en francés la proyectan sobre la escena internacional de las letras (el París de Roger Caillois y Lacan; la literatura británica encarnada en Brontë y Virginia Woolf) la Argentina aparece en Ocampo como una opción y no como una imposibilidad. La flecha de *Sur*, nos dice Mizraje, señaló siempre al sur y, a pesar de sus viajes y sus lenguas, Buenos Aires fue su ciudad. “Florida, Viamonte, Tucumán, Lavalle eran el reducto de los Ocampo”, escribe Victoria en su *Autobiografía*. Una geografía urbana y una historia patricia que no por ello deja de ser también, en la lectura de Mizraje, la historia y la geografía de la patria.

La década de los sesenta, marcada en América Latina por los efectos de la revolución cubana, y en la Argentina por la antinomia peronismo-antiperonismo, encuentra su expresión en la literatura femenina en Beatriz Guido (1922-1988). Defi-

nida por Perón como “el Grosso pequeño de la revolución libertadora” e incluida por Viñas, desde la izquierda, en la tradición de la literatura liberal, Mizraje recupera a Guido como “una de las autoras que más problematizó los roles femeninos y masculinos dentro de sus ficciones”. Bien directamente en sus novelas (*La casa del ángel* (1954), *La caída* (1956), *Fin de fiesta* (1958), *El incendio y las vísperas* (1964), entre otras), o a través de su colaboración cinematográfica con el director Leopoldo Torre Nilsson, la escritura de Guido incide en la lectura de Mizraje, en una doble y sostenida vertiente: la literaturización de la historia nacional y la exploración de las contradicciones de la moral burguesa. Que la película de Torre Nilsson *Piedra libre*, basada en su novela homónima, haya sido prohibida por los militares en 1976 dice mucho del tenor de su búsqueda y de los límites de esa moral.

¿Existe un lenguaje específicamente femenino, o *la lengua*, al decir de Lacan, está marcada siempre por el significante fálico? Esta pregunta no se explicita en el trabajo de Mizraje, pero la misma está implícita en su lectura de Alejandra Pizarnik (1936-1972). Una aproximación, la suya, no psicoanalítica, pero que, sin embargo, deja leer en Pizarnik la descomposición del sujeto poético en el lenguaje. Una “letra en sufrimiento” que atestigua “el autorretrato de la que se ve sufrir y se hace sufriente, la que quiere, al menos, usufructuar el dolor en beneficio de su poesía”. Especial mención merece su brillante lectura de Julio Cortázar dedicado a Pizarnik, “La noche de las amigas”. Un encuentro poético, donde Cortázar acoge y conjura en el espacio de la letra la negatividad que recorre el imaginario de Pizarnik.

A modo de cierre, el trabajo de Mizraje concluye con una inteligente lectura de Griselda Gambaro (1928) en la que sus dramas aparecen como índices de la violencia que caracteriza a la historia argentina contemporánea marcada por el terror de la última dictadura y la crisis econó-

mica. El miedo, la desposesión (*El despojamiento* (1974), lo siniestro que se esconde en la inocencia del juego (*Información para extranjeros* (1973) hablan, para Mizraje, de una realidad marcada en Gambaro por la miseria y la muerte.

Volver la mirada sobre la historia literaria argentina y reformular el *corpus* de una lectura crítica constituyen ya un gesto clásico de la crítica argentina. Pensemos sino en los trabajos de Viñas, en las lecturas de Ludmer sobre la *gauchesco* y el delito, o esa “Argentina a pedazos” que armó Piglia desde la revista *Fierro* en los 80. Inscripta en esa tradición (que es la mejor de la crítica argentina) Mizraje construye en este trabajo el *corpus* femenino de la literatura argentina. Un gesto que tiene mucho de fundacional y que, como todo principio, invita a nuevos recorridos. En suma, éste es un libro ineludible para todos aquellos interesados en saber y estudiar qué fue y es ser escritora en la tradición nacional argentina.

Juan Medrano-Pizarro
Dartmouth College

Álvaro Salvador Jofré (editor).
Rubén Darío. *Prosas Profanas y otros poemas*. Madrid: Akal 1999. 183 páginas.

Álvaro Salvador, Profesor Titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Granada – España, y especialista en la poesía de Rubén Darío (véase su libro *Rubén Darío y la moral estética* de 1986 y su reedición de *Azul y Cantos de vida y esperanza* de 1992), ofrece aquí una nueva edición comentada de las *Prosas Profanas y otros poemas* de Darío.

Lo nuevo de esta edición no es la compilación de los poemas, ya que en esto Salvador se ha basado en el excelente trabajo de Ernesto Mejía Sánchez, cuya edición de 1977 se atiene directamente a la versión definitiva publicada por el poeta en 1901. Lo nuevo consiste más bien en